

# Vivir para atrás: Manuel de Castro en los *Cronicones montevidEOS*



Valentina Lorenzelli

Universidad de la República

Todos los sábados, durante poco menos de diez años (1955-1964), en el Suplemento Femenino del diario *La Mañana* aparecieron los *Cronicones montevidEOS* firmados por Manuel de Castro (1896-1970). Se trataba de un suplemento para amas de casa, en el que el autor tenía un espacio relativamente reducido pero constante. La ciudad de Montevideo a la que se alude en el título y sobre la que versarán los artículos, está lejos de ser la capital uruguaya de mediados de siglo XX, en el enclave mismo de una crisis política y social que llevará al derrumbe del país liberal y tolerante del que hablan estos textos.

Semana a semana, Manuel de Castro se retrotrae. Da un paso atrás y vive o intenta rehacer la ciudad y el ambiente intelectual de principios de siglo, que es lo mismo que decir volver a sus años de apogeo. Manuel de Castro opta por petrificarse en un rango temporal que se extiende desde 1915 a 1930, y desde ahí da gritos afónicos, que se transformaron en contradiscursos de resistencia ante el olvido. Cenáculos, tertulias y cafés, aires bohemios de resonados artistas muertos, de amigos que estructuraron y marcaron a fuego vivo su formación cultural y social. Mundo perdido de escritores, muchos de ellos profusamente “enterrados” por la generación del 45, que capitaneaba en ese momento la cultura uruguaya.

Manuel de Castro, nació en la República Argentina, en Rosario, y en su temprana infancia se radicó en Uruguay. Fue narrador, poeta, ensayista, artesano en cuero y, una curiosidad por estas tierras: torero. Ya a los dieciséis años forma parte de las múltiples tertulias que se desarrollaban en Montevideo y a los veintiuno publica su primer libro de poemas, *Canto de oro*, editado por Orsini Bertani, su gran amigo y editor clave del Novecientos. Desde entonces su actividad intelectual y su relevancia artística comienzan a cobrar volumen. En 1929 publica *Historia de un pequeño funcionario*. Esta pequeña novela le permite alcanzar un sitio de preeminencia literaria en Montevideo. Una novela gris, que narra el opaco mundo de la vida de ciudad de un burócrata. Se puede hablar de una expresión primigenia de lo que más adelante sería tendencia. Plasma en su novela al nuevo ciudadano, al ser monótono y mediocre del siglo XX. Gracias a este relato, en alguna medida pionero en el tratamiento de la ciudad —contemporáneo de los *Cuentos de la oficina* de Roberto Mariani—, obtiene varios premios así como también, y sobre todo, viajes y presentaciones en distintos países de América.

Desde hace un tiempo, la colección documental de Manuel de Castro se preserva en la Sección de Archivo y Documentación del Instituto de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. Revisándolo,

se puede ver que su popularidad –término complejo si los hay– y su relevancia artística por esos años era real, tanto como su intención de dejar registrado ese momento. Se multiplican por cientos los recortes de periódicos, reseñas, entrevistas y anuncios en los que su nombre aparece destacado.

La obra de Manuel de Castro totaliza veinticinco títulos. Solía codearse con las figuras más notorias del momento, como Alberto Zum Felde y Juana de Ibarbourou, y formaba parte de cuanta delegación artística partiera desde Montevideo hacia los países vecinos. Varias de sus novelas fueron llevadas a radioteatros transmitidos tanto en Uruguay como en otras partes del continente. Este pantallazo sirve para medir la real significación que pudo haber tenido para Manuel de Castro escribir, en el fin de su vida literaria, artículos para un suplemento femenino, que, si bien de gran tiraje y muy popular entre algunos segmentos del público uruguayo, estaba lejos de ser el lugar en el que cualquier artista elegiría o desearía terminar su vida como intelectual: rodeado de recetas de cocina y de lecciones de punto cruz.

El término “cronicón” refiere a una breve narración histórica expuesta en orden cronológico, según el DRAE y se encuentra notoriamente relacionado con la “crónica” entendida como un relato, en la medida en que narra un acontecimiento pasado a partir de la representación de su desarrollo cronológico. Partiendo de la definición de relato propuesta por Ducrot y Todorov (1991), se puede comprobar que la crónica, entendida como género periodístico, puede ser encuadrada dentro de los textos referenciales con temporalidad representada. Entrega a entrega, se ve un esfuerzo obstinado del autor por hacer lo contrario a la norma básica de toda crónica periodística, esto es: ajustarse a la sensibilidad de todos los días. Escribir para el día a día, en un lenguaje coloquial, sin pretensión de perpetuidad. Como refiere Antonio Candido, la crónica es la escritura “a ras del suelo”. Se evita entonces la escritura de la cima de la montaña porque el objetivo del cronista no es la permanencia, ni la memoria ni la admiración. El término crónica, como la mayoría de los géneros periodísticos, está ligado a la idea de lo efímero. Se trabaja en ella, se crea, a sabiendas de cuál será el casi inevitable segundo fin: secar algún piso o envolver proteínas en alguna feria vecinal.

Aunque el autor tomó el término cronicón para titular su columna y si bien es innegable que tiene aspectos formales por los que podría ser clasificado como tal, a mi entender, para analizar los reportes de Manuel de Castro es necesario poner en duda ese nombre. El desafío a tal rótulo se debe a que en los 177 cronicones montevideanos que se encuentran en su archivo, la mayor parte de los hechos que narra se remontan en el tiempo, como mínimo treinta y cinco años, y, en la mayoría de los casos, lo tienen a él mismo como uno de sus protagonistas. Esto hace pensar que sus relatos formen parte del universo autobiográfico, del campo de la memoria antes que del mundo periodístico. Si bien la crónica periodística ayuda a establecer o a reestablecer la dimensión de las cosas y de las personas, creo que en el caso de Manuel de Castro, sus cronicones favorecen más bien su propio restablecimiento, el de sus mejores épocas y el del círculo intelectual que lo tuvo como protagonista. Esto no niega, en absoluto, la importancia que debemos darle a sus cronicones montevideanos. En muchos casos, únicos resabios de un tiempo sin testigos.

La nota de la vivencia es capaz de iluminar el instante y la totalidad de ese tiempo remoto. De Castro toma la cualidad inasible en los albores del siglo XX, lo cotidiano, el anecdótico que se multiplica por decenas en el ambiente intelectual del Novecientos, oponiéndole a esto la pérdida de la memoria, la nula mención de los entonces “jóvenes sin padre”. Leonor Arfuch apunta que “los métodos biográficos, los relatos de vida, delinean un territorio bien reconocible, una cartografía de la trayectoria –individual– siempre en búsqueda de sus acentos colectivos” (Arfuch: 2010). Tomando en cuenta esta opinión, lo que hace Manuel de Castro puede ser entendido como un método

autobiográfico, una especie de memorias camufladas en las páginas de un suplemento para circulación entre un público no necesariamente muy ilustrado. Historia de una subjetividad –contemporánea– en su momento de gloria.

No obstante, interesa el tortuoso juego que hace el autor. Si entendemos al objeto libro como sinónimo de “salvación” de la obra artística y al periódico como “perdición”, en el sentido de temporal y perecedero, lo que busca Manuel de Castro con sus escritos periodísticos es el resguardo, la defensa. Rescatar del olvido sus memorias públicas, su historia, sus amigos; salvar y revivir su vida como intelectual. En sus relatos baja a tierra, con un puñado de anécdotas, lo que para los años sesenta son meros nombres, mitos, que ex profeso o no, forman parte de la historia cultural uruguaya, reciente, pero historia al fin.

Promediando el siglo XX son pocos los intelectuales que, de primera mano, pueden contar cómo eran los ya míticos cafés, centros de reunión y tertulias, moneda corriente del Novecientos uruguayo. No se trata solamente de pintar una postal cultural de la ciudad de principios de siglo, se trataba de rescatarse y formar o recordar a destiempo su canon. Es el rescate de su tribu intelectual culta. Contar sus anécdotas, sus historias, contar la vida de ese Manuel de Castro intelectual destacado, amigo de Bertani, de Eduardo Dieste, asiduo contertulio de Ernesto Herrera, de Zum Felde y aun del mismo Rodó.

Así cuenta Manuel de Castro en uno de sus Cronicones:

El autor de *Motivos de Proteo* tenía especial predilección por el antiguo Café Irigoyen, ubicado en 25 de Mayo y Treinta y Tres, donde comúnmente solía ir en horas de la noche, permaneciendo allí hasta que cerraba el negocio, y siempre solo. En tal café en horas diurnas, existía un cenáculo literario del que hablaremos en otra ocasión y al que asistíamos con Emilio Frugoni, Fernán Silva Valdés, Eduardo Rodríguez Larreta, Julio Raúl Medilaharsu, y otros. Pero José Enrique Rodó acudía a este café solo de noche, y se ubicaba en el sector más solitario del negocio, paladeando con lentitud algún licor fino que solía pedir.

Es necesario hacer referencia a los Cafés del Novecientos y la importancia que tuvieron en el devenir de la vida cultural del Uruguay. Si bien esto es sabido por distintos medios, hay que reconocer en los *cronicones* de Manuel de Castro un *plus* esencial. No en vano superan ampliamente la decena los artículos dedicados a estos recintos, que más que lugares fueron una práctica de producir discursos culturales en el Novecientos. Son muchos los intelectuales, entre ellos el autor de los *Cronicones*, formados cultural y socialmente en estas pistas. Gracias a la memoria de Manuel de Castro sabemos que los cafés no eran cenáculos exclusivos de la acción “culturosa”, aunque importa subrayar la importancia que tuvieron para el Novecientos latinoamericano. Son estos lugares de reunión, al decir de Pablo Rocca, elementos decisivos para la constitución del campo literario, actuando muchas veces a modo de trinchera para los intelectuales. Amparo no sólo de la incompreensión o del rechazo social por la vida bohemia, sino también, en el amplio sentido de la palabra: abrigo, techo y comida. Prueba de esto último es lo que cuenta de Castro en una de sus escritos referidos al Café Británico:

Orsini Bertani andaba siempre con los bolsillos repletos de fichas (válidas por una consumición en comida), las cuales repartía gratuitamente entre los bohemios del Café Británico y al primer amigo que encontraba por la calle. De esta manera el negocio no duró mucho tiempo, aunque persistió un par de años.

Son muchos los nombres que corren por sus artículos, artistas que para el tiempo de enunciación están en su mayoría hundidos en el desconocimiento o se encuentran marmóreamente alejados de la vida cotidiana. En los Cronicones montevideanos queda claro que para Manuel de Castro “todo tiempo pasado fue mejor”. Retrata y honra el ambiente cultural de la primera década de la centuria; pinta esos cenáculos con detalles y anécdotas que son privilegio de un fiel protagonista. No faltaron en los cronicones referencias al Polo Bamba, al Británico, al Tupí Nambá, La Giralda, el bar Carlitos. Entrañable nostalgia que siente por esos míticos cafés de Montevideo, sus cafés, donde él era uno más de los contertulios, en los que era valorado como escritor. En uno de sus artículos recordando al Café Tupí Nambá dice: “El mismo rincón del Café Tupí Nambá que ocupáramos años ha, junto con otros compañeros de desvelos literarios y artísticos, lo suplanta ahora otra generación, que acaso nos ignore, como si habláramos un lenguaje distinto”.

El desconocimiento era tan real como el cambio de lengua. El mundo era otro y las reglas de juego también lo eran. América Latina y sus intelectuales estaban pasando por un período que marcó a fondo a toda una generación y a todo un continente: 1959, año de la Revolución Cubana, y los posteriores años sesenta. Pero también a la crisis de la economía uruguaya y sus repiques en la vida social que, justamente, se instala en 1955 para no retirarse durante décadas. Con estos acontecimientos políticos y sociales que modificaban, como lo venían haciendo desde hacía varios años, la manera de hacer y de recibir literatura y arte, era previsible que la diferencia “idiomática” se sintiera y muy a su pesar, para de Castro.

El corte generacional se transformó así en infranqueable y tras su intento de reivindicación de un pasado que cada vez parecía menos interesante, Manuel de Castro y sus cronicones no podían sino transformarse para los más jóvenes –si acaso los leyeron– en un anecdotario menudo. Corresponde advertir que el autor hace pocas referencias en sus crónicas a “jóvenes literatos y artistas”, y cuando se ocupa de ellos se encuentra lejos del ataque y la desestimación, aunque paralelamente publicara cuentos dedicados a Ángel Rama –como es el caso de “El enigma del ofidio” (1955)– o aludiera a “mi amigo el escritor Mario Benedetti” –en el cronicón titulado “Los escritores y la burocracia”–. No obstante esto, aunque desliza a veces leves asaltos contra lo que él entiende como la juventud creadora –refiriéndose a artistas que rodeaban los cuarenta años–, su mayor agresión consiste en una tenaz y completa defensa del pasado. De un canon literario que integraba y que ya no era tal.

Mario Benedetti, figura notoria de la generación del 45, se desempeñó como cronista de conferencias de La Mañana desde 1961 y a partir de 1964, junto con José Carlos Álvarez, tomó la dirección de la página literaria del diario, “Al pie de las letras”, aparecida todos los viernes (Rocca, 22-24). Esto no es una anécdota y muestra claramente cual tendía a ser el patrón del campo cultural uruguayo. Un ejemplo más contundente que lo que en constantes susurros anunciaba Manuel de Castro, era para el presente cultural del Uruguay, resabios de una época pretérita que formaba parte, en el mejor de los casos, del anecdotario nacional.

El freno que él impuso a su vida intelectual entre 1915 y 1930 y su obstinada falta de actualización lo subrogó como creador y lo sometió, a lo que puede ser leído como una deslegitimación literaria: contar anécdotas en un suplemento femenino. Manuel de Castro intentó dar sentido, de repente, al vacío absoluto, llenar el olvido, embutir el hueco.

La obsesión por la memoria, por dejar huella, el constante énfasis en la singularidad, se transforma en otra forma de buscar la trascendencia. Siempre, al decir de Paul Ricoeur: “contamos historias porque, finalmente, las vidas humanas necesitan y merecen ser contadas”.

## Bibliografía

---

- » Arfuch, L. (2010). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- » Ducrot, O., Todorov, T. (1991). *Diccionario Enciclopédico de Ciencias del Lenguaje*. Madrid, Siglo XXI.
- » Rocca, P. (1991). “Al pie de las letras”. En: *Diccionario de Literatura Uruguaya*, Tomo III. Dirección: Alberto Oreggioni. Coordinación: Carolina Blixen, Wilfredo Penco y Pablo Rocca. Montevideo, Arca, 22-24.

